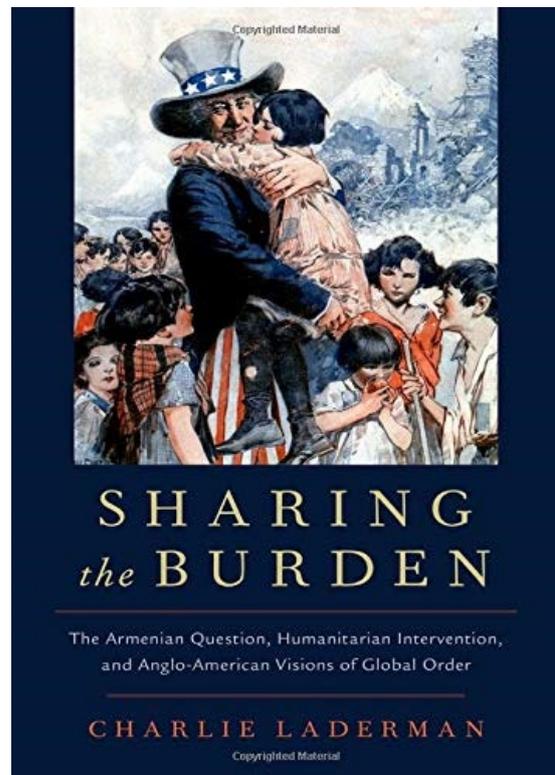


Charlie LADERMAN: *Sharing the Burden. The Armenian Question, Humanitarian Intervention, and Anglo-American Visions of Global Order*, Nueva York, Oxford University Press, 2019, 288 pp., ISBN: 9780190618612.

Carlos Gregorio Hernández Hernández
Universidad CEU San Pablo

La política exterior estadounidense en el cambio de siglo y el peso de la cuestión armenia

Charlie Laderman es un joven profesor universitario que trabaja en el King's College de Londres y participa en el equipo que dirige el Centre for Grand Strategy de dicha universidad y en el Center for Geopolitics. Previamente fue investigador asociado en Peterhouse, el College más antiguo de la Universidad de Cambridge. Su carrera comenzó en la Universidad de Nottingham y se doctoró en el Sidney Sussex College, de Cambridge. También pudo formarse con Paul Kennedy —*The Rise and Fall of the Great Powers* (1987), *The Parliament of Man* (2006) y *Engineers of Victory* (2013)— en la Universidad de Yale. En los últimos años ha publicado *Donald Trump. The Making of a World View* (2017), con Brendan Simms, profesor de la Universidad de Cambridge, y más recientemente *Sharing de Burden* (2019), en



Oxford University Press, que aquí comentamos. Para publicar este libro recibió la beca Harrington de la Universidad de Texas, siendo merecedor del premio del Instituto Arthur Miller de la Asociación Británica de Estudios Americanos. También fue preseleccionado para el premio Whitfield, de la Royal Historical Society, que terminó ganando otro libro relativo a la Gran Guerra: *Ireland and the Great War: A Social and Political History*, de Niamh Gallagher. Actualmente elabora *Five Days in December*, otra vez con Brendan Simms, cuyo título recuerda a los libros de John Lukacs sobre los instantes decisivos de la Segunda Guerra Mundial, en este caso explorando el ataque japonés a Pearl Harbor y la declaración de guerra de Hitler. En general, sus estudios abordan las relaciones de los Estados Unidos con el resto del mundo a lo largo del siglo XX.

Sharing de Burden, subtítulo *The Armenian Question, Humanitarian Intervention and Anglo-American Visions of Global Order*, aborda la actuación exterior estadounidense y británica en relación a la masacre de cristianos armenios por parte del Imperio otomano desde finales del siglo XIX hasta los años inmediatos al término de la Primera Guerra Mundial. La obra de Lederman se estructura en una introducción y siete capítulos y está resuelta en sólo 288 páginas, con un lenguaje claro y directo.

No es el único libro reciente sobre la persecución a los armenios, pues ha pasado poco tiempo desde el centenario, cuando se multiplicó el interés sobre lo ocurrido.¹ Me permito destacar *The Armenian Massacres of 1915-1916 a Hundred Years Later. Open Questions and Tentative Answers in International Law*, editado por Flavia Lattazi y Emanuela Pistoia (Springer, 2018) desde el ámbito del derecho público, pero con reflexiones interesantísimas para los historiadores a propósito de la negación del genocidio, la memoria de los crímenes, la reparación a las víctimas y el papel de la Unión Europea. Otro aporte destacable es el artículo de Ari Sekeryan, “Rethinking the Turkish-Armenian War in the Caucasus: The Position of Ottoman Armenians”, en *War in History* (27:1, 2020). Más cercano a la temática de Lederman está *Armenia, Australia & the Great War* (NewSouth, 2016), de Vicken Babkenian y Peter Stanley. No hay que olvidar tampoco las polémicas revelaciones del historiador turco Taner Akçam en *Killing Orders* (Palgrave Macmillan, 2018), sobre las evidencias de las órdenes para la masacre, que le llevaron a afirmar «esta es la pistola humeante». Justamente en diciembre de 2019 el Senado de los Estados Unidos votó a favor del reconocimiento del genocidio armenio, a pesar de las objeciones de Trump y del gobierno turco. Sin duda pesó el reciente alejamiento entre ambos países, cuyas relaciones tradicionales habían evitado pronunciamientos semejantes en otros momentos. Seguramente el presente conflicto por la región del Nagorno Karabaj volverá a revitalizar los estudios que se aproximen a esta historia. En España, en cambio, siguen siendo muy pocas las personas que han profundizado en la historia del Imperio otomano, siendo la excepción más notable Francisco Veiga.²

El libro que tenemos entre manos es magnífico para un lector ya iniciado en las circunstancias históricas que atravesó el Imperio otomano antes de su desaparición. Los armenios fueron una minoría más de este Imperio, como los ortodoxos griegos y los diversos grupos árabes hasta el siglo XIX. Desde 1683, el año de su último asalto a Viena y el de su máxima expansión, el Imperio inició un lento retroceso territorial que comenzó precisamente por los Balcanes y el Cáucaso. A principios del siglo XIX, los otomanos perdieron

¹ Si nos atenemos a la base de datos de *Scopus* el número de publicaciones se multiplicó por cuatro durante el periodo del centenario.

² A este respecto recomendamos el artículo de Darina Martykánová, donde realiza un recorrido por las aportaciones recientes que se han realizado desde España a la historia del Imperio otomano. Destaca el limitadísimo número de publicaciones en castellano que, en general, se ciñen a la historia moderna, la geopolítica y, en escasa medida, a obras de historia comparada. Darina MARTYKÁNOVÁ: “Las transformaciones del Imperio Otomano en el largo siglo XIX: algunos debates historiográficos”, *Ayer*, 102 (2016), pp. 241-256. Francisco VEIGA: *El turco. Diez siglos a las puertas de Europa*, Barcelona, Debate, 2006.

territorios a manos de los nuevos movimientos nacionalistas que había aflorado en el seno de sus provincias balcánicas. El declinar de este Estado y la presión en sus fronteras por parte de rusos, británicos y franceses comenzó a cambiar el horizonte de los cristianos armenios. A lo largo de la centuria estos se fueron convirtiendo en sospechosos quintacolumnistas de los poderes que acosaban Estambul. Algo parecido ocurrió con los griegos, rumanos, serbios y búlgaros —ellos sufrieron los llamados horrores búlgaros—, aunque el caso de los armenios era más complejo que los anteriores porque no eran mayoría en ninguna de las provincias ni estaban concentrados en ningún territorio de Anatolia. Su religión cristiana y los vínculos que establecieron con Rusia a comienzos de ese siglo fueron el desencadenante de esta situación, haciendo que comenzara a hablarse de la cuestión armenia. El avance del Imperio ruso implicó que desde 1813 una parte de ellos quedara bajo su soberanía, siendo cada vez más a lo largo del siglo. Estas poblaciones formaron parte del ejército ruso y combatieron contra los otomanos y los persas en múltiples momentos, pero no lograron constituir un Estado. El zar Nicolás I creó la provincia de Armenia, con capital en Ereván, pero en ese territorio se desarrolló una fuerte rusificación para combatir las pretensiones de autonomía, e incluso fue suprimida en 1840. Novelas como *Los hermanos Karamazov* (1880), de Fiódor Dostoievski, recogen pinceladas sobre las circunstancias de esta minoría.

En 1876 llegó al poder Abdul Hamid II, que fue presionado para presentar una constitución liberal (23 de diciembre de 1876) e instaurar un parlamento electo integrado por musulmanes, cristianos y judíos (19 de marzo de 1877). Las grandes potencias continuaron apoderándose de territorios otomanos, ya que Gran Bretaña reclamó para sí las regiones de Chipre y Egipto —se convirtió en una región autónoma del Imperio y de facto en una colonia inglesa desde 1882—, Francia pasó a ocupar Túnez en 1881 y Rusia se anexionó tres provincias del Cáucaso otomano en 1878, tras emprender una guerra el año anterior. Todas las pérdidas territoriales se consumaron durante el Congreso de Berlín de 1878. Durante la debacle frente a los rusos Abdul Hamid cerró el Parlamento y encarceló a los parlamentarios críticos con su deriva absolutista. La multiplicidad de grupos y su creciente carácter reivindicativo forzó también un movimiento de promoción de la identidad nacional otomana. Es en ese contexto de declive donde se desarrolla una fuerte crítica a la occidentalización del Imperio, aflora la violencia contra los armenios y surge un movimiento de jóvenes oficiales del ejército que se dieron el nombre de Jóvenes Turcos. En los años noventa se produjo una oleada de persecuciones en las que colaboraron los kurdos, que se saldaron con la pérdida de miles de vidas de la comunidad armenia. También fueron varias las sublevaciones de los armenios, que buscaban lograr una intervención exterior, como había ocurrido antes en los Balcanes. La más importante, sucedida en 1909, poco después de la revolución de los Jóvenes Turcos, fue seguida de una masacre en la ciudad de Adana, al oeste de Anatolia, en la que perecieron unos 20.000 armenios.

La tesis central del libro de Laderman es lo más interesante y valioso para los historiadores que quieran aproximarse a las relaciones internacionales desde enfoques alternativos. El historiador sostiene que la persecución contra los armenios durante los noven-

ta influyó en la conformación y la actuación de los Estados Unidos como potencia global. La preocupación por lo ocurrido habría ayudado a asumir la nueva responsabilidad. Por otra parte, afirma que la violencia contra los armenios favoreció la alianza angloamericana, como sugiere el propio título, *Sharing the Burden*. Cuando Gran Bretaña comenzó a decaer como poder global vio en los valores compartidos —proteger a los armenios era un primer paso— una forma de atraer a los Estados Unidos. También entiende que el caso armenio es un ejemplo a estudiar para comprender los dilemas que rodean las intervenciones humanitarias y cómo influyen los diversos actores no estatales en la política internacional. A nuestro juicio ese argumento no era nuevo ni siquiera para el caso armenio: las naciones occidentales usaron las atrocidades turcas como pretexto para legitimar sus intervenciones en varios momentos contra los otomanos. La violencia contra las minorías cristianas aparece igualmente en otros lugares tan remotos como Cochinchina para justificar la intervención de los europeos. Ciertamente la propaganda de las masacres no tuvo parangón en los casos a los que nos referimos.

Laderman estudia la actuación de políticos como Theodore Roosevelt, Woodrow Wilson y otros menos conocidos como el embajador Oscar Straus, el periodista W.T. Stead y los misioneros estadounidenses —los considera actores transnacionales—, que fueron los principales propagandistas a la hora de denunciar la situación de persecución que se estaba viviendo. La lectura de este libro lleva a concluir que la acción misionera desplegada desde Estados Unidos por los metodistas y otras comunidades fue bastante más amplia de lo que cabría pensar.

Según el autor, la política exterior americana de finales del siglo XIX ya no respondía a las mismas claves de los Estados de la época bismarckiana. Para el historiador de King's College esta es una de las razones que permite explicar las oscilaciones de la acción de los estadounidenses en el mundo y que también facilitó la frustración de las expectativas de los propios armenios. Es por ello que el libro comienza con unas citas de las memorias de Herbert Hoover y Winston Churchill, donde se afirma que lo sucedido en Armenia fue casi tan conocido en las escuelas americanas como en Inglaterra porque hasta allí llegaban las noticias de las masacres gracias a las organizaciones religiosas y filantrópicas.

A su juicio, lo sucedido en los noventa con los armenios sumó a la hora de decantar la balanza a favor de la intervención en Cuba, al relacionarse aquellas atrocidades, que indignaron al público estadounidense, con las cometidas por el ejército español en el Caribe. «Cuba es nuestra Armenia», vino a decir el senador Wilkinson. John Daniel, del Partido Demócrata, condenó a España como «los turcos del Oeste». En este sentido, en 1896 el Congreso de los Estados Unidos realizó una resolución contra el crecimiento de la violencia en el Imperio Otomano, que marcó la línea de la política exterior del país. Hoy sabemos que los diarios —los medios de Hearst y Pulitzer, por ejemplo, que también emplearon las analogías entre Cuba y Armenia— exageraron lo ocurrido buscando incrementar sus ventas e influir en la acción de su gobierno en un escenario próximo y deseado desde hacía décadas. La intervención americana en Cuba no era nueva, pues venía siendo constante desde la década de los sesenta, aunque la justificación sí que tenía menos recorrido. La-

derman añade otros ejemplos cercanos como la intervención diplomática estadounidense contra los belgas en el Congo del rey Leopoldo y los pogromos contra los judíos en la Rusia de 1906. Según Laderman, la distancia relativa entre Cuba y Anatolia habría favorecido la intervención en el primer caso y la inhibición en el segundo —y en todos los otros escenarios mencionados—, aunque las presiones fueron constantes y crecientes para hacerlo también allí como parte de su responsabilidad en tanto que potencia mundial.

El ascenso del nacionalismo turco frenó claramente los espacios de libertad conquistados por las minorías cristianas a lo largo del siglo XIX. En la primavera de 1914, poco antes del comienzo de la Gran Guerra, turcos y rusos pactaron resituar a los armenios en el este de Anatolia, bajo supervisión internacional, siguiendo un esquema semejante al que habían aplicado en Macedonia, pero la guerra llegó antes de su aplicación. La intervención de Turquía en la Primera Guerra Mundial marcó un nuevo comienzo de la violencia. Es importante recordar que el Imperio otomano estaba al margen del sistema de alianzas que se aduce como uno de los precipitantes de la generalización de la guerra mundial. Las obras de referencia no permiten explicar la entrada de Turquía en la guerra desde la perspectiva clásica de la política exterior, aunque su implicación fue determinante para convertir el conflicto europeo en una guerra mundial. De hecho, tomaron parte en ella porque consideraron que la clave de los acontecimientos estaba en Oriente y no en Occidente. En el Imperio se libraron varias batallas decisivas, con ejércitos internacionales, y a diferencia de Europa no hubo un solo territorio de la región que se viese libre de los estragos de la guerra.

La mayor parte de esos territorios adquirió la condición de Estados como consecuencia directa de la desaparición del Imperio otomano tras el fin de la Primera Guerra Mundial. Los armenios también entendieron que se acercaba una oportunidad para alcanzar su independencia. ¿La movilización de las minorías por parte de las potencias tuvo algo que ver en lo ocurrido? Se ha señalado en múltiples ocasiones los pactos de los británicos y los franceses con los judíos y los árabes, pero no se han subrayado tanto las acciones rusas en el mismo sentido. Lo cierto es que el 16 de septiembre de 1914 el zar Nicolás exhortó a los armenios a luchar por su libertad y algunos miles se alistaron en su ejército. Esas palabras ayudaron a que la lealtad de las minorías cristianas fuese puesta en entredicho, a pesar de que venían combatiendo en el ejército y que hasta 1913 el propio ministro de Relaciones Exteriores era un armenio. Quien quiera ahondar en esta línea puede consultar *July 1914: Countdown to War* (2013), de Sean McMeekin.

Cada 24 de abril las comunidades armenias recuerdan el comienzo de una persecución, iniciada en 1915, que se saldó con la muerte de cientos de miles de sus antepasados. Una de las cuestiones críticas a propósito de aquellos hechos es su reconocimiento o no como genocidio, aunque no es uno de los puntos clave de este libro. Laderman sigue en este punto el conocido libro de Donald Bloxham, *The Great Game of Genocide: Imperialism, Nationalism and the Destruction of the Ottoman Armenians* (2005). Es preciso recordar que cuando se inicia la masacre de armenios, en abril de 1915, los Estados Unidos eran un país neutral en la guerra, aunque ya se situaban como la primera potencia económica

del mundo. Durante ese acontecimiento el mundo cambió como no lo hacía desde la era de las revoluciones, iniciándose calamidades, precipitándose el colapso del orden internacional y la caída de los imperios, una escala de destrucción sin precedentes y el desplazamiento de millones de personas. Con los Estados Unidos ya en la guerra, el presidente Wilson planteó una intervención a favor de los armenios, pero finalmente los recursos se dirigieron contra Alemania. La acción nunca llegó a materializarse, tampoco tras iniciarse las negociaciones de paz. La influencia turca en Estados Unidos —unos Estados Unidos que se quedaron fuera de la Sociedad de Naciones— fue también significativa, como revela Lederman en los capítulos “The American Solution” y “Dissolution”.

Roosevelt declaró que «la masacre armenia fue el mayor crimen de la guerra». El periodista estadounidense Herbert Adams Gibbons, que escribía para el *New York Times* en 1916, lo denominó «La página más negra de la historia moderna». Robert Cecil, el subsecretario británico de exteriores, fue varios pasos más allá, al afirmar «sin el menor temor a la exageración, no se ha cometido ningún crimen más horrible en la historia del mundo». Un planteamiento semejante puede leerse en los escritos del embajador estadounidense Henry Morgenthau y en la obra de James Bryce y Arnold J. Toynbee, conocida como *The Blue Book*, que es todo un repertorio de evidencias sobre lo ocurrido con los armenios. Morgenthau tituló un capítulo de sus memorias “The murder of a nation” (el asesinato de una nación), y en el mismo afirma que «Cuando las autoridades turcas dieron las órdenes para estas deportaciones, fueron simplemente dando la orden de ejecución de toda una raza; ellos entendieron esto bien, y en sus conversaciones conmigo, no hicieron ningún intento en particular para ocultar el hecho».³ Todas esas declaraciones no supusieron más que un reconocimiento de lo que venía ocurriendo, pero no tuvieron otras consecuencias. “El Gran Mal”, que es como lo conocieron los propios armenios, terminó siendo el preámbulo de otras muchas tragedias que jalonaron el siglo XX.

³ El texto original de Morgenthau es «When the Turkish authorities gave the orders for these deportations, they were merely giving the death warrant to a whole race; they understood this well, and in their conversations with me, they made no particular attempt to conceal the fact». Henry MORGENTHAU: *Ambassador Morgenthau's story*, Nueva York, Cosimo Classics, 2010, p. 213, pero en general véase las páginas 202-263; James BRYCE y Arnold J. TOYNBEE: *The Treatment of Armenians in the Ottoman Empire, 1915-1916. Document Presented to Viscount Grey of Falloden by Viscount Bryce*, Reading, Taderon Press, 2000.